

PRESENTACIÓN

A quienes habitamos hoy la parte occidental del mundo nos resulta casi inconcebible la condición de una persona reducida a la esclavitud. Nuestras imaginaciones serán simples aproximaciones a partir de parámetros asequibles: la explotación obrera o el vasallaje rural; inclusive los sureños más tradicionales de Estados Unidos de América conocen sólo la leyenda de aquella especie de reino encantado en el que el tatarabuelo poseía una cuadra de esclavos y todo estaba en orden.

La empatía moderna no alcanza el límite de suponer qué se siente ser una propiedad, una posesión en el sentido más terrenal de la palabra. Cuando Marx se refirió a una etapa "esclavista" en la evolución de la sociedad, el liberalismo inglés y alemán condenaba ya la práctica, pero no era causa de sobresalto saber que los atropellos que

padecían miles de personas eran algo cotidiano; los sabios no dejaban de ser hijos de la Ilustración que justificó la esclavitud sobre la base del concepto del buen salvaje.

Si no podemos imaginar sensiblemente qué y cómo era una sociedad en la que existían los esclavos como fuerza de trabajo y como sector social, disponemos al menos de documentación que permite reconstruir las formas en que operaba dicha sociedad. En el Archivo General de la Nación contamos con material que ya ha servido para la elaboración de estudios trascendentes sobre el tráfico de esclavos negros durante el Virreinato. Incluimos aquí siete ejemplos de relaciones con el destino de los hombres y las mujeres que fueron traídos de África para servir por la fuerza a otros y a otras congéneres.